

la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

LE VERRIER

Hay una portentosa ciencia que arranca al espíritu humano de este misero y raquítico mundo en que habita, y le lanza á la contemplación de inacabables regiones de espacios inmensurables é infinitos, de cuerpos cuya existencia no pudo soñar la imaginación más activa, y cuya magnitud, volúmen y movimiento llega á determinar el sábio. Esta ciencia es la astronomía. Montada sobre el vacío, al parecer, los ignorantes desconfían de sus resultados y la juzgan errores de



Urbano Juan José Le Verrier.

fantasía calenturienta, y los celosos creen que no existe, porque ellos no pueden comprender la sublime grandiosidad de sus afirmaciones, la seguridad de sus cálculos y la lógica de sus razonamientos. Y sin embargo, este pasmoso estudio fija de antemano y con precisión matemática el momento en que han de verificarse los fenómenos celestes y la marcha que siguen los astros en sus revoluciones, y en más limitada esfera marca el momento en que han de verificarse los eclipses que todos podemos observar, indica su duración y alcance, y nos

esplica cabal y cumplidamente sus causas y las relaciones que los provocan.

Tal fué el asombroso campo en que Urbano Juan José Le Verrier demostró su atrevido génio y su saber incomparable. Nacido en Saint-Lo (Francia) el año 1811, después de revelar extraordinaria aptitud para las investigaciones matemáticas, en que ya de estudiante sobresaliera, y dar á conocer un espíritu analítico y profundo en sus trabajos sobre química, consagróse por entero á la ciencia que habia de inmortalizarle. Con sus concienzudas monografías y memorias sobre mil y mil problemas astronómicos, hizo admirar de todos los individuos de la Academia de ciencias, y el año 1846 fué elegido académico numerario de tan sabia corporacion. Su extraordinaria actividad y su poderosa abstraccion no menguaron en manera alguna ante una distincion que pocos logran á los treinta y cinco años. Lejos de eso, como para justificar el acierto de la eleccion, afanóse más y más por mantenerse en el puesto conquistado á fuerza de desvelos y de fatigas, y antes de terminar el año, prosiguiendo trabajos anteriores, realizó uno de esos increíbles descubrimientos que forman época en la historia de la civilizacion, y que van asegurando eterna fama para nuestro siglo, testigo de tantos adelantos y autor de tan maravillosos inventos.

En la imposibilidad de estendernos en consideraciones y reseñas, ajenas al carácter de esta *Revista*, nos limitaremos á decir que valiéndose de cálculos matemáticos, y examinando las perturbaciones que en su revolucion experimenta el planeta Urano, perturbaciones que nadie explicaba satisfactoriamente, dedujo la existencia de un gran planeta, trazó su órbita, el período que emplea en recorrerla, su distancia del sol que nos alumbra, y por último, su posicion en el momento en que anunciaba sus profundísimas observaciones. Desprovisto de medios materiales para observar el astro, encomendó esta tarea al doctor Galle, del Observatorio de Berlin, y el dia 23 de Setiembre de 1846, dia en que éste recibiera la carta del perspicaz astrónomo, descubrió, gracias á un poderoso telescopio, el planeta que Le Verrier lanzara de los puntos de su pluma, como ha dicho M. Arago.

No es necesario describir el asombro del

mundo, el entusiasmo de los sábios y el que todos los hombres cultos sintieron al divulgarse la noticia. Averiguar lo que ocurre en el mundo estelar, sin levantar la vista del papel en que se trazan los cálculos, amontonando números y ecuaciones; citar á uno de esos magníficos cuerpos celestes para que aparezcan en un punto dado, y obtener cumplida y satisfactoria respuesta, pretension es que jamás abrigara el más atrevido, y resultado que inmortalizará el nombre del astrónomo francés, y que recaba de nuestra parte un justo tributo de admiracion para el que treinta y un años después entregaba á Dios su espíritu en el mismo mes y dia en que alcanzó fama imperecedera y renombre inmortal.

¿A qué enumerar los sinsabores y las contrariedades que la envidia le procuró implacable? No por eso es ménos grande, ni su génio queda empequeñecido y rebajado.

B. F. M.

EL GRANO DE ARENA.

CUENTO.

- *Bien, bien, murmuró el viejo que no era completamente malo; quedate, pero cuidado con no estar en casa dentro de media hora.*

- *No faltaré.*

El anciano se alejó, la mujer continuó sin movimiento, la niña pidió más pan.

- *Hola, dijo Obigel, parece que tenemos hambre. La miga se ha acabado, ve si puedes la corteza.*

Y se la dió.

- *A ver si sabes andar; presiguió dejándola en el suelo; creo que si, aunque te gusta más estar en brazos. Ya tendrás dos años por lo menos. ¿Cómo te llamas?*

- *Anita, contestó ella.*

- *¿Y tu madre?*

- *Madre.*

- *¿De dónde vienes?*

- *Del pueblo.*

- ¿A dónde vas?

- A otro pueblo.

- ¿A cuál?

- A otro.

- *Me quedo enterado. A verte bien; eres muy bonita, me agradan tu pelo rubio, tus ojos azules, tu boca tan pequeña y tus dientecillos. No debes ser hija de una gran señora, porque hay más de cuatro remiendos en tu vestido, tan chico como el de una muñeca; y tus zapatos están agujereados, y no llevas sombrero. Me gustaría tener una hermanita como tú. ¿Me das un beso?*

Volvió á tomarla en sus brazos, y ella le besó.

Entre tanto la mujer habia recobrado el conocimiento, y lo primero que hizo fue llamar á su hija, que Angel le entregó al punto.

- ¿Quién eres tú, niño? le preguntó.

- *Yo, señora, no sé quién soy, contestó el muchacho; mis padres han muerto, sirvo á todo el mundo, nadie me quiere, el fuerte me pega y el débil se burla de mí. Llevo cargas de leña, saw, agua del pozó, cuidó el ganado; duermo mal y como peor.*

¡Cuánto desamparado hay en el mundo! exclamó la mujer; ese es tu porvenir, hija mía, cuando yo te falte.

Y al decir esto no pudo contener sus lágrimas.

- ¿Quieres hacerme un favor, niño?

- El que V. mande, señora.

- *Guiarme hasta la ciudad, y, si puedes, lleva á mi niña en tus brazos.*

- *Con mucho gusto.*

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS

Luz á Enriqueta

Tú no sabes, Enriqueta mía, la pena que me ha costado tomar la pluma para responder á tu última carta, en la que dices «que yo soy un ángel» y otras muchas cosas por el estilo.

Al convencerme de que estoy muy lejos de merecer semejantes elogios, he llorado amargamente, y lo peor es que no sé si he llorado de vergüenza ó de cólera, porque lo cierto es que tú eres quien acaba de darme esta durísima lección, y que aunque tu intencion haya sido excelente, como en vez de ser un ángel ó una niña perfecta, no soy más que una *chicuela frívola é informal*, has venido á ponerme en vergüenza para con todo el mundo.

Pero no vayas á creer que por eso te guardo rencor alguno; nada de eso, y en prueba de ello voy á referirte lo ocurrido, ya que como tú me decias en una de las tuyas, la confesion de la falta indica ya el propósito de la enmienda.

Tu carta llegó precisamente cuando en esta casa se hallaba todo el mundo en movimiento.

Las criadas fregaban los suelos y los cristales, la doncella planchaba los cortinajes del salon, y mamá misma corria de un lado á otro dando órdenes y limpiando por su mano los espejos y los cuadros, preparándolo todo para el día de su santo, día en que sus amigas y amigos acuden en tropel á felicitarla.

La Virgen de Agosto es una de las Virgenes más hermosas, como que es la Reina del verano, la que vemos siempre levantarse sobre una alfombra de espigas y de flores, y sobre todo la Virgen de mamá.

La víspera de la fiesta, y á la caída de la tarde, mi hermano Adolfo me hizo una seña de que le siguiese á su cuarto, en donde los dos nos encerramos con el mayor sigilo.

-Luz, me dijo muy bajito, ¿qué piensas ofrecer á mamá en el día de mañana?

Yo, que no habia pensado en semejante cosa, no supe qué responder, y me encogí de hombros.

-¿Qué le has dado el año pasado? me dijo.

—Espera... le respondí yo, recordando... ¡ah! ¡ya sé! un cucurucho de almendras y caramelos.

Adolfo me miró de una manera particular, y acercándose á la mesita de estudio, abrió el cajon y sacó de él un dibujo á lápiz que representaba la Virgen del Tránsito.

—¡Qué fea! exclamé yo comparándola con las que acababa de ver comprar á cuatro cuartos en la verbena de San Cayetano; ¡no has sido poco tonto en gastar el tiempo en

dibujar este mamarracho! No seas niño, rómpela, y mañana por la mañana compras una de aquellas, y se la regalas á mamá.

Adolfo se sonrojó de manera que su frente parecía un volcan.

—Luz, murmuró completamente avergonzado, ya sabia yo que el dibujo está mal hecho; pero mamá es muy buena, y agradecerá la voluntad con que he trabajado: comprar caramelos y almendras, eso nada cuesta...



Baobad y habitantes en el país del Bertat.

Yo me eché á reir á carcajadas, burlándome de su dibujo á más y mejor.

—Pues yo voy á salir con la doncella á comprarle mi regalito, y veremos cuál le agrada más, añadí con ironía.

—Salí, en efecto, con Antonia, sospechando mamá desde luego á dónde íbamos, pues ya con toda intencion me habia puesto la noche antes dos duros muy hermosos sobre mi mesa de noche.

En el momento de salir de casa para dirigirme á la confitería, un hombre que lle-

vaba de la rienda un caballo cargado de macetas y plantas, pasó al lado de nosotras gritando:

—¡Flores! ¡Flores de Carabanchel!

Aquel pregon fué para mí un rayo de luz; tú, que tanto quieres á mamá, ibas sin duda á enviarle un hermoso ramillete, como se le ofreciste el año anterior cuando todas estábamos en Carabanchel.

Entónces, dominada por un sentimiento de envidia ó no sé cómo le llame, no pensé más que en ir á comprar un ramillete me-

por que el tuyo, y ofrecérsele aquella tarde misma, para ganarte por la mano.

Fuimos corriendo á Santa Cruz, compramos por treinta reales un magnífico ramillete de flores, y para que nada faltase compré con los diez reales que me sobraban un

paquetito de almendras, que até al tronco con una cinta de raso, ansiando llegar á casa para ser la primera en felicitar á mamá.

Apenas entré en su gabinete, me arrojé en sus brazos exclamando:



El gaucho.

—¡Toma! ¡toma, mamá, que por las vísperas se conocen los santos!

—Sí, hija mía, me respondió besándome en la frente; todos, todos os habeis adelantado, y eso es para mí una de las más expresivas demostraciones de cariño.

Volvi entonces los ojos, y vi sobre el velador que ocupa el centro del gabinete la estampa de la Virgen del Tránsito dibujada por Adolfo, y una canastilla de mimbres coronada de dalias. Aquella premura de felicitaciones me hizo fruncir las cejas; pero

mi vanidad se levantó en el mismo instante, y murmuré para mis adentros:

—Por bonitas que sean las dalias, mi ramillete es hoy el que vence... bien lo decía yo.

Y orgullosa con mi triunfo, volví á mirar las dalias y la estampa con una especie de lástima.

Entonces distinguí á Adolfo, que acurrucado en un rincón no hablaba una palabra.

—¡Adolfo! ¿qué haces ahí acurrucado como una lechuza? exclamé riendo á más no poder.

—¡Luz! respondió mamá sentándose sobre sus rodillas; tu ramillete es muy precioso, y voy en cambio de tu fineza á darte una lección:

Yo la miraba sorprendida, y sin adivinar en poco ni en mucho lo que tenía que decirme. Mamá fijó en mí una mirada casi severa, preguntándome con su habitual dulzura:

—¿Sabes, Luz, lo que es una niña frívola? Pues una niña frívola es la que sólo se ocupa en lo que la divierte, en jugar, en reír, en comprar golosinas, muñecos, cintas y zarandajas; la que sólo se ocupa de adornarse y parecer bonita; la que huye de todo lo que sea trabajar ó pensar, y que primero regala *dos duros* que dar una puntada... eso, eso es una niña *frívola*.

Admirada del tono con que mamá había pronunciado la palabra *dos duros*, empezaba á adivinar que aquello debía tener alguna relación con los que yo había gastado, pero no pude comprenderla.

—Tú te has burlado, prosiguió mamá sin separar sus ojos de los míos, del dibujo de Adolfo, que se ha pasado muchos días trabajando para mí, y privándose de ir á paseo por concluir su obra; y no sabes, Luz, todo lo que yo aprecio esa Virgen, que haré colocar en un bonito marco, y que tiene á mis ojos un gran valor. Tú sabes coser, bordar, hacer una porción de labores bonitas, y yo hubiera preferido una simple rosa de papel hecha por tu mano al espléndido ramillete que me has ofrecido.

Yo bajé los ojos avergonzada, sin acertar á responder una palabra.

Enriqueta, añadió mamá sin compasión, tiene un carácter más violento que tú, pero en cambio tiene una cualidad que la levanta sobre las demás niñas: «el amor al tra-

bajo», y estoy segura de que siempre tiene algo nuevo que ofrecer á su mamá en el día de su santo, algo que ella ha bordado, que ella ha trabajado...

—Pero también ella, que tanto te quiere, te ha regalado flores... me atreví yo á decir sin alzar los ojos.

Mamá levantó el papel rosa que cubría el fondo de la canastilla, y me mostró una preciosa corbata de crochet, adornada con lazos azules, de la que pendía tu tarjeta, diciéndome:

—Lee.

En aquel momento hubiera querido devorarte, hundirte... ¿qué sé yo?

¡Tú, que no eras su hija, habías sacrificado tus horas de sueño para ofrecerle una sorpresa; yo, su hija mimada, había preferido dar los dos duros á consagrarla algunos días, algunas horas siquiera... Adolfo... todos erais mejores que yo... más generosos... ¡Ah! ¡me moría de vergüenza!

Para que mi derrota fuese completa, Rosita, la niña de la portera, entró á ofrecerle unos escapularios que había bordado en el colegio de huérfanas, donde ha logrado entrar.

Me arrojé llorando al cuello de mamá, la rogué con toda el alma que me dejase consagrar aquella noche á trabajar para ella un objeto cualquiera; pero mamá respondió sonriendo:

—No, Luz mía, no; la lección ha terminado ya, y me daré por muy satisfecha con que no la olvides. Ahora abrázame, y cree que te agradezco en el alma tu precioso ramillete.

Y mamá, como para convencerme de lo que acababa de decir, colocó el ramillete en un gran jarrón de China, y le puso sobre el velador que ocupa el centro del gabinete, al lado de los demás regalos.

Apenas pude comer, no me atrevía á mirar á Adolfo, y las lágrimas se agolpaban á mis ojos... os tenía envidia á todos, hasta á la pobre Rosita.

Aquella noche rogué á Antonia que me acompañase algunas horas, y cuando todos dormían, arranqué la cifra de uno de mis pañuelos, y bordé en su lugar una preciosa *M* de las que nos dan en LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA.

Aquella *M* rodeada de flores y trabajada con tanta fé, salió mucho mejor de lo que

había pensado; y cuando al rayar el día me recogí para descansar algunas horas, ya quedaba sobre la mesa de noche de mamá el pañuelo bordado, atado con una cinta rosa, y una cartita mía rogándola que aceptase mi obra.

Cuando entré en su cuarto á felicitarla, se volvía loca de alegría, besándome y prodigándome los nombres más tiernos.

—¡Luz mía! dijo estrechándonos á Adolfo y á mí con un mismo abrazo; no creas que porque vitupero la frivolidad, condeno en manera alguna vuestras risas y vuestros juegos, que son la corona de la infancia.

Reid, jugad, entregaos á vuestras inocentes distracciones, pero sin olvidar el estudio y el trabajo, que son la fuente de la felicidad humana.

Esta es, Enriqueta mía, la historia de la Virgen de Agosto, ó como yo digo, la Virgen de mamá, historia que recordaré toda mi vida.

A los postres mamá nos regaló, como recuerdo de su santo, á mi buen Adolfo un acordeon muy bello, y á mí una preciosa muñeca, tan grande casi como una niña de veras. ¡No has visto en tu vida nada más hermoso!

Adios; en mi próxima carta te haré la descripción de esta maravillosa muñeca, que me acompañará en mis viajes á Carabanchel, y estoy segura de que al verla comprenderás que hay pocas niñas más afortunadas que tu

Luz.

Á CECILIA

Por esas largas praderas,
Donde pisas tantas flores,
En alegres primaveras
¡Cuántas horas placenteras
Soñé yo, en tiempos mejores!

Ya sólo conservo apenas,
De ese bien que huyó temprano,
Lágrimas de acíbar llenas,
Que amargan mucho las penas
Al corazón de tu hermano.

¡Cuánto recuerdo maldito!
¡Cuánta mentira soñada!
¡Qué tormento, ¡Dios bendito!
Soñar con el infinito
Y despertar en la nada!

¡Cuánto delirio de amor!
¡Cuántos sueños de ventura!
¡Cuánta deshojada flor!
Todo es hoy luto, dolor,
Llanto, tristeza, amargura.

Siempre ¡siempre! padecer
Aun en la edad más temprana,
Siempre el tormento vencer
Del recuerdo del ayer
Y la duda del mañana.

Por mi locura indecible
Nada á mi bien se concilia.
Amor... ¡Desengaño horrible!...
Soñar con un imposible
Es de insensatos, Cecilia.

De tus pueriles antojos
Jamás se turbe la calma
Por amorosos enojos,
Que dejan llanto en los ojos
Y honda tristeza en el alma.

Nunca, por tu mal, escojas
Flores de amor peregrinas,
Que de sus corolas rojas
Vuelan marchitas las hojas,
Y sólo quedan espinas.

Corre, Cecilia, ignorando
Que hay más mundo que el jardín,
Hermosas flores pisando,
Ramos vistosos formando
De mejorana y jazmín.

En tu sencillez, tan santa,
Duerme, Cecilia, é ignora
Cuánto la vida quebranta
Cuando el corazón no canta
Y el alma cansada llora.

Guirnalda de blancas rosas
siempre á tus sienes se ciña,
Y... persigue mariposas,
Soñando horas venturosas
En tus placeres de niña.

D. GUERRERO Y POLO

Avila, Agosto, 1876.

EL GAUCHO

El gaucho es un tipo americano de que han hablado todos los viajeros, y que llama justamente la atención por la singularidad de su vida y costumbres.

Medio civilizado y medio salvaje, teniendo á gran orgullo llamarse blanco cuando su color indica la raza mestiza y el origen

americano, vive en las estensas pampas del río de la Plata, tan libre é independiente, como es dado al hombre que no reconoce ley alguna sobre sí, y que satisface con muy poca cosa sus necesidades.

Es nómada, en cuanto traslada de un lugar á otro la choza que le dá abrigo y los pocos muebles y utensilios que forman su ajuar, siguiéndole su familia, que no suele tener más necesidades que una sola persona. Los objetos que usa, si se exceptúan alguna arma y las espuelas, son de cuero ó de madera, fabricados por él mismo ó por su familia; y cuando necesita huir ó trasladarse con rapidez, los abandona, y en breve se hace unos nuevos en el sitio en que se establece.

Es pastor y cazador. La primera profesion le suele dar una vida algo más estable; pero la segunda está más en armonía con su instinto y sus aficiones, y en ella demuestra la delirante actividad, la hercúlea fuerza, la agilidad, la astucia y el valor que se admiran en su raza.

El gaucho tiene un compañero inseparable: el caballo. En él caza, en él duerme, en él vive, puede decirse; en él lleva á sus parientes muertos á enterrar á la iglesia más cercana, y hasta en él suele ir á misa y oír desde la puerta con religiosa atención y con devotas oraciones, en que mezcla á las creencias católicas muchas supersticiones de los antiguos habitantes ó de su propia raza.

Maneja todas las armas con destreza; pero la más temible en sus manos es el lazo, larga correa terminada por una bola. Armado sólo con él sale á perseguir toda clase de fieras y animales salvajes; los lanza á la carrera el temible lazo, los sujeta, los encadena, y sin dejar el galope de su caballo, los obliga á seguirle ó á ahorcarse. Así los rinde, y cuando fatigados caen al suelo, los mata ó los domestica. La más productiva de estas cazas es la de caballos salvajes, que andan en manadas desde que llevaron allí la especie los españoles: en ella se ejercita más que en ninguna otra, porque la venta de la presa le produce mucho dinero.

El caballo que monta, cazado siempre por él mismo, es medio salvaje.

Los gauchos se reúnen principalmente en San Miguel de Tucuman, donde celebran lo que puede llamarse su feria, y donde tie-

nen su principal comercio. Allí hacen tratos, venden frutos y objetos de las pampas, trafican con los rebaños y domestican caballos bravos. No hay ninguno que resista sus piernas de hierro y sus brazos de acero.

El gaucho es poeta, como el árabe y como todo el que goza en la inmensidad del espacio de ilimitada libertad. Se acompaña con la guitarra, y canta canciones, originales muchas veces, con aire melancólico, que recuerda la música española.

Alguna vez ha tomado parte activa en las guerras y revoluciones; pero solamente el dictador Rosas llegó á formar con ellos un cuerpo disciplinado, en cuanto podían serlo, que esparcían el terror donde llegaban.

Su traje, por último, es una degeneración del español, y algo semejante al del mejicano, teniendo gran analogía con el de nuestros gitanos.

BAOBAB Y HABITACIONES EN EL PAÍS DEL BERTAT

Entre las comarcas que nos han dado á conocer los exploradores de las orillas del Nilo, figura la que lleva el nombre de Bertat. Sus habitantes, aunque negros por su color, no presentan á veces todos los caracteres de esta raza; ni sus cabellos son crespos, ni sus labios abultados, ni aplastada su nariz. Esto no obstante, véanse allí gentes que ofrecen estos caracteres, áun cuando rara vez presentan los pómulos salientes y exagerados.

Semejantes á sus vecinos en costumbres y hábitos, se singularizan por el culto que tributan al baobab. Este gigante del reino vegetal aparece á la entrada de muchas aldeas. Sus colosales proporciones y sus extrañas formas inspiran á aquellos indígenas ideas supersticiosas y una veneración inesplicable. El culto que le tributan se reduce al sacrificio de reses, degolladas á su sombra, que suspenden de los ganchos clavados en el voluminoso tronco, y á la genuflexión ante el frondoso fetiche.

Nuestro grabado de la pág. 268 representa uno de estos árboles y algunas chozas de las que aquellos negros construyen.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

PALOMA.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.